

## *Responsabilidad en las ideas*

Es curioso lo que pasa con ciertas ciencias: algunas hay en las cuales nadie se atreverá a meter baza sin estudiarlas previamente; tales la lógica o las matemáticas; otras hay en las que espontáneamente todo el mundo querrá intervenir ante cualquier planteamiento: por ejemplo la filosofía o la moral. El aspecto de «técnicas» que tienen las primeras, alejan a los inexpertos; el aspecto de «humanas» que tienen las segundas, los atraen.

Algo parecido sucede con la responsabilidad: todo el mundo advierte la responsabilidad del que se adueña del dinero ajeno, y hablará de ello; no todos advierten la responsabilidad que contraen cuando a impulsos de la pasión que deforma los ojos del alma, dejan en mal sitio la fama y estimación de otro o por no hablar de sus hechos y cualidades con verdad, o por decir lo secreto que el otro tenía derecho a exigir se callase. Parece como si la misma naturaleza de las cosas trajera consigo esta curiosa diversidad.

Nos atreveríamos a decir que algo de esto sucede con la responsabilidad en las ideas. «El hombre es hijo de sus ideas», decimos a veces, indicando que cual fueren ellas, tal será la conducta del hombre. Es verdad, pero también sería verdad decir, permutando los términos de la relación, que «las ideas son hijas del hombre», para indicar que cual haya sido la disposición, buena o mala, del hombre, tales serán sus ideas, porque es innegable el influjo de la conducta, de la voluntad, en la estructuración de las propias convicciones. Sin embargo, esto último o no lo advertimos, o si lo advertimos no solemos decirlo.

Es obvio que no hay que dar a la frase «las ideas son hijas del hombre» un sentido exagerado, como es el que le atribuye el irracionalismo, por ejemplo en Unamuno. Fuertemente influido por el movimiento llamado «modernista» de principios de siglo, y por el irracionalismo alemán postkantiano de Kierkegaard y otros, Unamuno llevaba tan lejos el sentido de esta afirmación que para él «crear es crear». Uno podría preguntarle si el juez cuando ha de sentenciar a veces en asuntos que sólo conoce por elementos de certeza moral, de tal modo «cree» en la verdad y justicia de su sentencia, que las «crea»; sin embargo es innegable que habrá habido influjo de su recta voluntad deseosa de justicia; es evidente que en todo el ámbito de las verdades de certeza moral que se acercan más y más a lo humano, alejado del orden de las puras esencias, el influjo de la recta voluntad es muy grande. No es «despótico» este influjo, pero hay influjo «político», según se dice, para indicar que se ejerce a veces subterráneamente, de modo indirecto, no siempre por decretos. Sin embargo aun siendo así, es muy grande. Nos bastaría recordar aquella frase de Leibniz, que siempre me llamó la atención, precisamente por haberla escrito Leibniz, que tanto tiene de racionalista.

Escribe sin embargo: «Si la geometría se opusiese tanto a nuestras pasiones y a nuestros intereses presentes como la moral, no la discutiríamos y violaríamos menos que la moral, a pesar de todas las demostraciones de Euclides y de Arquímedes, que trataríamos de sueños y juzgaríamos llenas de paralogismos».

No obstante, aun sin dar al influjo de la voluntad en el fraguado de las ideas, un sentido exagerado de tinta irracionalístico, es también innegable que se ha de admitir cierto influjo; y por tanto la responsabilidad que hay en las ideas.

La madre lleva en sus entrañas al niño que ha de nacer; y de muchas condiciones depende el buen o mal desarrollo que tendrá en su estructuración. Pero cuando el niño nace no ha terminado su desarrollo: nos es más patente su crecimiento orgánico y su progresiva instrucción escolar, pero queda también otra estructuración más íntima, otro desarrollo, que es la aplicación de su voluntad no sólo a la práctica del orden moral, sino a la formación de las convicciones de que dependerá la práctica de la moral. Proceso éste que sigue adelante aun cuando el hombre haya pasado en mucho los linderos de la juventud: sigue incansable la labor interna de estructuración propia mental, que hace que con toda verdad se pueda decir que las ideas son hijas del hombre, no como si *totalmente* dependieran de su voluntad, pero sí en el sentido de que hay en ellas *una parte notable* que depende de la voluntad, del mismo modo que la resultante de varias fuerzas que se componen, no depende solamente de una, pero de ella depende «algo» de lo que es la dirección final de la resultante. Si era exagerada la frase de Goethe «nuestro sistema filosófico, generalmente sólo es la historia de nuestro corazón», sin embargo tiene un fondo de verdad el pensamiento de Pascal: «la verdad está tan oscurecida en estos tiempos y la mentira tan afinada, que *a menos que se ame la verdad*, no se podría reconocerla».

Exacto. No todo lo que es «físicamente» posible, es «moralmente» posible. El amor a la verdad no hace que sea «físicamente» necesaria la intervención de la recta voluntad en las verdades filosóficas (esto sería «crear» la verdad filosófica, y no la «creamos» sino que la «reconocemos») pero sin ella sería «moralmente» imposible que la lográsemos sin ningún error, con prontitud, todos, con certeza y siempre: no la «reconoceríamos» (es decir, no la asimilaríamos o admitiríamos) aun cuando se nos presentase como «conocibles».

Por esto en nuestro tiempo en que los novelistas presentan el conjunto de sus ideas morales, religiosas, filosóficas y teológicas, bajo el título de «su visión del mundo y de la vida» con la misma ligereza con que presentarían a un protagonista cualquiera de novela que creasen eligiendo a gusto sus trazos; cuando los críticos de estos literatos se regodean comentando su «visión» sin apenas mencionar la «verdad» que haya en ella; es especialmente oportuno recordar que hay responsabilidad en las ideas: la verdad está tan oscurecida en nuestros tiempos, anda tan cubierta por los disfraces que le han echado encima, que no sabríamos reconocerla.